

También se parodia el teatro poético desde un punto de vista no lingüístico. Están los elementos del drama histórico, pero trastocados: la dama es falsa, perversa e intrigante; el caballero, en plena venganza, no rechaza los favores de la reina; el rey se escandaliza de la traición de su reina mientras él hace lo mismo con la esposa de su valido... Hay incluso referencias a la familia de don Nuño: el pendón de su abuelo, en un doble sentido, es izado como estandarte en la torre para el casamiento de Magdalena, pero en el otro sentido del término, se dice del abuelo que *no hay otro pendón más grande / ni más viejo*. Finalmente y contra toda regla del género, es *el malo*, el antihéroe, el enemigo del protagonista, el único que no urde engaños, quien es honesto y no desea más que contraer matrimonio y servir lealmente a su rey y a su dama.

El humor, presente a lo largo de toda la obra sin excepción se encuentra en ocasiones en los mismos recursos poéticos que buscan la grandilocuencia o el exotismo medieval en el teatro parodiado pero usados con diferente intención, como es el caso de las aliteraciones:

ABAD

Caballeros, escuchad.

RAMÍREZ

Escuchad, que habla el abad.

ABAD

Un consejo permitid,
en nombre de la piedad
de la que soy adalid
como abad y por mi edad.

PERO

Decid, don David, decid.

NUÑO

Hablad, buen abad, hablad.

Jornada II, 70.

Además de las aliteraciones, los dobles sentidos, entre otros recursos, juegan un importante papel en el humor de la obra. Ya se ha visto anteriormente en el caso de las antanaclasis, pero hay pasajes en los que el doble sentido está algo más oculto. Por ejemplo, en la tercera jornada, en el diálogo entre Moncada y Florián (pp. 99 y 100), éste llama al duque de Toro, don Pero Collado, guarro y cobarde en una magistral serie de versos: cobarde en *y sabéis, Moncada, que don Pero tomó el Olivo* refiriéndose a «conquistar un

¿De qué aprovechan
todos vuestros afanes, jornaleros,
y pasar las semanas con miseria,
si *dempués* los domingos o los lunes
disipáis el jornal en la taberna?

Escena última, vv. 368-372.

es una moraleja al uso, aunque no tiene mucho que ver con el tema o el tono del resto de la obra.

A pesar de todas las críticas recibidas, el éxito de sus sainetes fue grande y la calidad fue la suficiente para que don Leandro Fernández de Moratín, sin escatimar las censuras habituales ya comentadas, alabase algunos aspectos de sus sainetes:

Don Ramón de la Cruz fue el único de quien puede decirse que se acercó en aquel tiempo a conocer la índole de la buena comedia; porque dedicándose particularmente a la composición de piezas en un acto llamadas sainetes, supo sustituir en ellas, al desaliño y rudeza villanesca de nuestros antiguos entremeses, la imitación exacta y graciosa de las modernas costumbres del pueblo. [...] Esta prenda, que no es común, unida a la de un diálogo animado, gracioso y fácil (más que correcto), dio a sus obrillas cómicas todo el aplauso que efectivamente merecían (Alborg 1985: 674).

3. El *Manolo*

Manolo, tragedia para reír o sainete para llorar es el más famoso sainete escrito por Ramón de la Cruz y uno de los más populares del género. Su título en las primeras ediciones fue *El Manolillo* y es como aparece en los principales manuscritos. Su fama favoreció una segunda parte que seguramente, según Francisco Lafarga, no es del mismo autor (Cruz 1990: 40).

Otra muestra de la popularidad que alcanzó esta obra es la generalización del uso de la voz *manolo* o *manolillo* como ‘persona de las clases populares de Madrid, que se distinguía por su traje y desenfado’, es decir, es casi un sinónimo de *chulo*, *guapo* en el sentido castizo. Prueba de la popularidad que alcanzó el término a raíz de esta obra es el comentario que hace Francisco Mariano Nifo en 1769, doce años después del estreno del sainete:

Y es muy natural este reparo: se entra al proscenio un actor que hace de héroe, el más apasionado, el más ilustre, y en el intermedio sale haciendo el papel de manolillo, conjunto de ademanes ridículos y aires los más groseros, enfriando con esta relajación todo el fuego en que se inflamó al representarnos la majestad de un rey.

El mismo Ramón de la Cruz, en 1766, escribe, en el reparto de otra de sus obras, *La comedia de Maravillas*, «CHINICA (manolillo), cirujano, majo y guitarrista» (Cruz: 1986).